



SEGUNDA LECCION

¿QUÉ ES UNA NACIÓN?

Señoras y señores:

En nuestra precedente reunión, hemos visto cómo el primer tema que se ofrece a nuestro examen es el de saber qué es una nación. Cuestión es ésta extremadamente compleja, pero que es preciso resolver desde luego si queremos comprender los grandes problemas sociales y políticos hoy día planteados.

La guerra de 1914-1918 fué, según repetidamente se ha dicho, la guerra de las naciones, la que hizo triunfar el principio llamado de las nacionalidades. El Tratado de Versalles, de 28 de junio de 1919, le dió la consagración del Derecho internacional. El presidente Wilson lo había proclamado en su célebre mensaje de 22 de enero de 1917. Muchas naciones que antes de la guerra no gozaban de una existencia política independiente, se constituyeron en Estados soberanos, tales como Polonia, Tcheco-Eslovaquia,

la Yugo-Eslavia. La guerra, decía yo además, hizo triunfar el concepto de Estado-nación sobre el concepto de Estado-poder. Mas para formarse clara idea de todo esto, es evidentemente necesario poseer una noción precisa, exacta, de lo que es una nación. ¿En qué momento podemos decir que una colectividad humana ha adquirido el carácter de nación? ¿Por qué signo, por qué manifestación exterior reconoceremos que posee ese carácter?

Puede decirse, incontestablemente, que toda definición que intente concretar esta idea ha de ser un tanto arbitraria, y, en todo caso, convencional. Ciertamente es que toda terminología, toda definición tiene algo de convencional. Pero es precisamente por esto por lo que importa entenderse sobre el sentido que suele darse a las palabras y designar por las mismas palabras las mismas cosas y por palabras distintas cosas distintas.

¿Cuál es, por lo tanto, de qué especie es la colectividad humana que designaremos con el nombre de nación y solamente con él? ¿Y por qué le reservamos exclusivamente ese nombre?

I

Renan, en una conferencia que se ha hecho célebre, y a la que diera por título *¿Qué es una nación?*, después de desarrollar el tema en una bella disertación literaria, llegó a la consecuencia de que *la nación es una formación histórica*.

De ello no cabe duda. Es incontestable que hay que buscar los elementos constitutivos de una nación en la comunidad de tradiciones, de aspiraciones, de necesidades; en el recuerdo de las luchas emprendidas, de los triunfos alcanzados y, sobre todo, de las penalidades soportadas por una causa común. Pero todo esto sigue siendo vago e impreciso. Preciso es intentar ir más lejos y penetrar más adentro en la realidad de las cosas. Para determinar las condiciones por las cuales se puede verdaderamente atribuir a una colectividad el carácter de nación, yo no veo otros medios que los que nos facilitan la sociología y la historia.

Hay, desde luego, un hecho, hoy unánimemente reconocido por la sociología: la nación es un fenómeno propio de la época moderna, pero no es el producto de una generación espontánea. Este fenómeno era, sin el menor género de duda, desconocido

en la Antigüedad y en la Edad Media; su aparición, con un carácter claramente definido, se verifica en la Edad Moderna y en tiempos bien cercanos a nosotros, sobre todo en la fecha de 1789, de que hablé extensamente en la primera lección. Pero esta aparición fué larga y lentamente preparada.

No voy a analizar en detalle los diversos aspectos que han revestido sucesivamente los grupos humanos en su evolución sociológica. No es inútil, sin embargo, recordar brevemente lo que los sociólogos llaman las etapas de la morfología social, o más sencillamente, los diferentes tipos de sociedades humanas que se han sucedido en la historia.

El hombre no vivió jamás solo; es por naturaleza un sér social; no puede vivir aislado, no ha vivido nunca aislado. El concepto del hombre natural, viviendo aislado y completamente libre en estado de naturaleza, concepto tan caro a los filósofos del siglo XVIII, es absolutamente fuera de la realidad y hoy se halla unánimemente abandonado. El hombre ha vivido siempre rodeado y sujeto por los lazos de un grupo social. El hombre se sintió sér social antes de sentirse sér individual, o, en otros términos, tuvo conciencia de su vida colectiva antes de poseer la conciencia de su vida indivi-

dual. La fórmula de Descartes: *Pienso, luego existo*, no es cierta, o, a lo menos, sólo es verdad a cierto grado del pensamiento humano. El hombre pensó en la sociedad mucho antes de pensar en sí mismo.

Una de las manifestaciones por excelencia de esta forma primera del pensamiento humano, y, al mismo tiempo, una prueba de la compenetración indisoluble del hombre y del grupo a que pertenece, es el hecho, que M. Durkheim ha establecido de manera precisa en su hermoso libro: *Las formas primitivas de la conciencia religiosa*, según el cual el objeto del culto más antiguo ha sido el grupo mismo, la tribu, de la que el símbolo es el *totem*; de suerte que la religión totémica, que tantas controversias ha suscitado, no tenía por objeto más que el grupo social en sí mismo.

Si digo esto y si insisto en decirlo es para dejar bien sentado, desde ahora, que entre el hombre y el grupo de que forma parte existe un vínculo indisoluble que liga a aquél a éste desde el primer momento de su vida; que la conciencia de este vínculo se manifiesta de modo activo desde el grado primitivo de la humanidad, y que todo esto es consecuencia lógica y directa de la naturaleza misma del hombre. Tal era la forma pristina del sentimiento de patria, y he ahí

cómo este sentimiento, que ocupa una parte tan grande y elevada en nuestra vida social e internacional, no puede ser tenido, según algunos pretenden, como un sentimiento artificial y momentáneo, sino que, por el contrario, tiene su raíz en lo más íntimo e irreductible de la naturaleza humana; tiene su razón de ser en lo más profundo del hombre.

¿Cuál fué la forma general de estos grupos humanos considerados como primitivos? Asunto es éste que no voy a investigar aquí; dejo este cuidado a los sociólogos de profesión que ya, por otra parte, han entablado, con tal motivo, numerosas controversias. ¿Era la horda, la tribu, el clan, la familia patriarcal? Cuestiones son éstas, tantas como temas, discutidas y en perenne discusión, a las cuales no puede responderse sino con hipótesis, que, por otra parte, ofrecen tan sólo un interés relativo. Pero de todas ellas se destaca un hecho cierto, y es que, en la época histórica, en los pueblos indo-europeos y semíticos, vemos aparecer generalmente un grupo social, de estructura claramente determinada y muy precisa, cuyos elementos constitutivos se hallan fuertemente integrados y enlazados los unos con los otros; este grupo es la familia patriarcal. Todos los parientes, des-

de luego los varones, se hallan bajo la autoridad del más viejo, que es el jefe de la familia, el administrador del patrimonio familiar y el pontífice del culto doméstico.

II

Si me he referido, aunque brevemente, a la familia patriarcal, es porque ha preparado la formación de la ciudad antigua, como ésta ha preparado la de la nación moderna. La ciudad, originariamente, no fué otra cosa que una reunión de familias, unidas por intereses comunes y atendiendo en común a la defensa común. Todo lo que de las ciudades antiguas sabemos, y particularmente de la ciudad romana, nos muestra que, en su origen, eran asociaciones de cierto número de familias. El Senado romano, que había de tener una tan ilustre historia, no fué, en su origen, más que el consejo de los jefes de familia, los *Padres*.

Sea lo que fuere, detengámonos no obstante un momento en este examen de la ciudad antigua y tratemos de mostrar sus caracteres esenciales. No ha de parecernos inútil tal labor para comprender, por opo-

sición y contraste, los caracteres de la nación moderna.

La ciudad es un grupo social de mínima importancia que abarca la parte urbanizada—la ciudad propiamente dicha— y el territorio que la circunda inmediatamente. Que no se olvide que la mitad de la población o gran parte de ella, es esclava. Atenas, en el momento de su esplendor, no contenía más de algunos millares de hombres libres, y Roma, en los primeros siglos de su historia, tampoco contenía muchos más. Tanto en uno como en otra, en la ciudad ateniense y en la ciudad romana, existía una patente diferenciación de clases, y no puede comprenderse su historia si no se comprende bien este hecho social de alta importancia.

Es ésta la primera vez que tropezamos con esta palabra: *clase*, y preciso es detenerse un instante para examinar la cosa u objeto a que se aplica y designa. Se ha dicho con harta frecuencia, y tal es hoy la tesis de todas las escuelas socialistas, sindicalistas, comunistas y bolchevistas, que la diferenciación de clases sociales consiste y ha consistido siempre tan sólo en la distinción que existe entre los que poseen y los que nada poseen, entre capitalistas y proletarios, entre ricos y pobres; y se parte de ahí para

predicar la doctrina abominable de la lucha de clases. Yo estimo, por el contrario, que la división de clases es cosa mucho más complicada y que guarda íntima y directa relación con la diversidad de tareas que en una sociedad determinada realizan los individuos que la integran, los cuales tienden espontáneamente a agruparse según lo que de común tienen las diversas labores que ejecutan. Estimo también que lo único que puede asegurar el normal desarrollo de la vida social y la marcha progresiva de la humanidad es la coordinación de sus esfuerzos, y en manera alguna la lucha de clases, que no puede dar de sí más que la miseria y el dolor.

Es este un punto al cual me propongo volver más adelante. Por el momento, concretémonos al estudio de la ciudad antigua. No puede dudarse ni discutirse que la historia de ciertas ciudades, y sobre todo de la más ilustre, la ciudad romana, está casi totalmente llena por las luchas de los plebeyos contra la clase aristocrática, contra la aristocracia de nacimiento y contra la aristocracia de la fortuna, y que este constante conflicto ha sido el principal elemento que influyó de modo decisivo en la formación de las instituciones políticas de Roma. Pero, a pesar de esta continua y por-

fiada lucha, la ciudad romana fué siempre un grupo social sólidamente integrado. Los hombres que lo forman se hallan estrechamente ligados entre sí, porque tienen el recuerdo de su origen común, porque practican un culto común, porque poseen el sentimiento cierto y preciso de que toda su vida, material y moral, depende de la vida misma de la ciudad. De ahí que, como lógica consecuencia, todos ellos se hallen penetrados de la idea de que la ciudad puede exigirles todo y de que no tienen el derecho de rehusarle nada de lo que les exija, aunque fueran sus bienes y su vida.

A este propósito, no creemos inútil advertir, de pasada, que esta libertad antigua, tan decantada, era algo bien distinto de la libertad moderna, y que la noción que el ciudadano de Roma o de Atenas se había formado de la libertad es bien otra de la que se forma el hombre moderno.

Cuando hablamos de la libertad, queremos decir hoy que hay cosas que el Estado no puede hacer, y que, conforme hube de explicarlo en nuestra primera conferencia, el individuo tiene derechos contra el Estado, derechos a los cuales no puede el Estado inferir lesión alguna. Por el contrario, el miembro de la ciudad antigua no tiene la menor idea de tales derechos ni concibe

que la ciudad no pueda hacer todo cuanto le venga en gana ni pueda exigirle sea lo que fuere. La idea de su libertad se funda en la creencia de que la ciudad no puede pedir a todos sino la misma cosa, no puede exigir a unos más que a los otros. En una palabra, para el hombre de antigüedad, lo que constituye la libertad es la igualdad. Se cree libre cuando la ciudad no puede limitar la actividad del individuo sino mediante disposiciones de orden general, las mismas para todos; pero cumplida esta condición, la ciudad puede hacerlo todo, sin limitación alguna.

De este modo, el ciudadano de Roma o de Atenas es, verdaderamente, una cosa, “la cosa” de la ciudad. Sin otra reserva que la que acabo de indicar, acepta y soporta la más completa y absoluta sujeción. La ciudad es todo para él, y él es todo para la ciudad; es en ella, y únicamente en ella, donde él halla la realización de su vida material y de su vida moral. Así nace el sentimiento de la ciudad, la conciencia que el individuo tiene de que forma parte de un todo más grande y más fuerte que él, sin el cual no puede vivir, y que le domina completamente. El amor a la ciudad arraiga de este modo profundamente en el corazón del individuo. Este amor profundo no

puede menos de existir, en razón del origen mismo de la ciudad, en razón de la naturaleza física, intelectual y moral del hombre.

Decía no ha mucho que los miembros de la pequeña tribu primitiva se hallaban de tal modo ligados por el vínculo social, que hasta habían divinizado el grupo de que formaban parte, y que el símbolo de este grupo, el *totem*, era el primer objeto de su actividad religiosa, o, para hablar como vuestro gran filósofo William James, el primer objeto de su experiencia religiosa. Otro tanto puede decirse de los miembros de la ciudad. Ciertamente es que no llegaron a divinizarla, pero la ciudad tiene sus dioses propios, y su culto forma parte integrante de ella misma. Al ofrecer sus homenajes a la divinidad protectora, el ciudadano los rinde y tributa a la propia ciudad. Palas Atenea, la diosa de la sabiduría y de la verdad, protege a Atenas, que le erige el Partenón. Júpiter Capitolio preside los destinos de Roma, y su culto no tiene ni un infiel ni un ateo. La ciudad y la divinidad que la protege están indisolublemente ligadas, y el ciudadano es a la vez el servidor de la ciudad y el fiel de la divinidad.

III

Esta ciudad romana, tan sólidamente constituida, va a fundar un imperio. No obstante eso, jamás el romano se elevará al concepto de un grupo social más comprensivo que el de la ciudad y al que el individuo apareciese vinculado del mismo modo que lo está a la ciudad.

Conquistan poco a poco los romanos el mundo conocido en su época, pero a pesar de eso, no hubo nunca una nación romana. Aquella forma de conquista se parecía singularmente a lo que llamamos colonización. La palabra "colonia" es, desde luego, creación de la Administración romana. Por otra parte, vemos surgir en Roma un concepto que había de ocupar un lugar inmenso en la historia, y lo ocupa todavía en la vida de los pueblos, si bien cada día más restringido y en franca decadencia; este concepto es el de potestad de mando, de soberanía. No se conoce aún el vocablo, pero la cosa a que se aplica existe ya. La palabra latina es *imperium*, voz que designa sin duda el poder del magistrado romano, pero asimismo la potestad de mando de la ciudad romana. El *imperium* es, según la expresión moderna, una voluntad de poder,

es decir, una voluntad que tiene el poder propio de imponerse por razón de su propia naturaleza; una voluntad que por su índole es superior a las demás voluntades, a las cuales puede dictarles leyes. La ciudad romana se cree investida de esta voluntad, y pretende imponerla a todas las partes del Universo conquistadas por ella:

*Tu regere imperio populos, Romane, memento.
Hæ tibi erunt artes; pacisque imponere morem,
Parcere subjectis, et debellare superbos.*

Llega el instante en que esta potestad imperial de la ciudad romana encarna en un hombre, según la tan conocida fórmula: *Quod principi placuit legis habet vigorem*. Esta potestad de la ciudad romana antes, y del emperador ahora, se extiende sobre pueblos y territorios los más diversos. Muchos de estos pueblos organizan y forman a su vez ciudades con una relativa autonomía, bajo el control y la protección de Roma. Otros no forman ni organizan ninguna agrupación definida; se ligan a la ciudad vecina, sometiéndose a su hegemonía, o reciben sus leyes y su administración del proconsul romano.

De este modo, la forma social "ciudad" se mantiene en el imperio romano incluso en el momento mismo en que todo el po-

derío de Roma se encuentra en las manos del emperador. En parte alguna de todo el romano imperio aparece la menor traza de lo que ha de ser la nación moderna. ¿En qué instante, pues, y bajo qué influjo aparece esta nueva forma de agrupación social?

Sin duda conocéis el magno suceso que se realizó en Europa en los siglos v y vi de la Era cristiana. Se trata de un hecho capital en la historia de las sociedades civilizadas modernas, y es imposible pasarlo en silencio al querer investigar qué es una nación y cómo se formaron las naciones modernas. El hecho de que hablo es el que los Manuales de historia de Francia llaman, de un modo general, la invasión de los bárbaros. Esta expresión tiene el dón de irritar profundamente a los profesores alemanes, y recuerdo que en cierta ocasión, hará cosa de treinta años, hablando yo con uno de ellos en Munich, y referídomé a la invasión de los bárbaros, provoqué en él la más viva e injustificada irritación. No hablemos, pues, de la invasión de los bárbaros, pero digamos que hubo, en los siglos v y vi de la Era cristiana, una inmigración considerable de pueblos germánicos que vivían al oriente de Europa y vinieron a instalarse y establecerse, ya por infiltración, ya por

conquista, en las partes más ricas del imperio romano, y particularmente en la Galla, en Italia y en España. Y consolidando la invasión, se constituyen reinos con jefes germánicos, que reinan sobre una confusa mezcla de inmigrados y de pueblos que habitaban estos países en el momento de la invasión.

Un jefe franco, hombre de genio, cuyo recuerdo ha dejado profunda huella en la memoria de los hombres, y en torno al cual se forjaron numerosas leyendas, siendo el punto de partida de todo un ciclo de poesías épicas, logra reconstituir por un momento el imperio romano de Occidente. Pero cuando ya su mano de hierro no está allí para mantener unidos bajo su cetro los diversos pueblos que acertó a reunir y dominar, su imperio se derrumba, y en el Tratado de Verdún, convenido en 843 entre los tres nietos del gran emperador, Carlos el Calvo, Luis el Germánico y Lotario, los países que formaban el imperio carlovingio se reparten en tres lotes, y así, a partir de esta fecha, se ven aparecer los tres elementos que, andando los siglos, se convierten en tres grandes naciones de la Europa continental: Francia, Alemania e Italia. Sin embargo, no hay todavía naciones. ¿Cómo van a surgir y formarse? ¿En qué

momento podrá decirse que hay una nación francesa, una nación alemana, una nación italiana? ¿Cuál va a ser el factor esencial de esta formación?

IV

El primer elemento de la formación nacional es, incontestablemente, el territorio; territorio más o menos extenso, no un núcleo urbano, como el elemento constitutivo de la ciudad antigua, sino un territorio que contiene ciudades y campos. No es preciso, para que haya una nación, un territorio que forme verdaderamente una unidad geográfica. Pueden citarse ejemplos de naciones que poseen, sin la menor duda, su individualidad propia y que, no obstante, ocupan un territorio que tiene los mismos límites geográficos. La nación española y la nación portuguesa comparten la península ibérica, que no forma, evidentemente, sino una unidad geográfica, y otro tanto sucede con la nacionalidad noruega y la nacionalidad sueca, establecidas en la península escandinava, la que forma, a su vez, una sola unidad geográfica también.

Pero hay que reconocer necesariamente que para que una nación pueda constituir-

se es menester un territorio que correspon-da a los caracteres peculiares del pueblo que lo habita. Ciertos espíritus pretenden incluso que es el territorio lo que hace la nación, le prestan sus rasgos característicos y condiciona su historia. Sienten hoy día los geógrafos una marcada tendencia a explicar todos los acontecimientos históricos por la influencia del territorio. Hay en ello, evidentemente, una exageración. Pero no cabe la menor duda de que el territorio es el *substratum* fundamental de la nación. No puede haber nación si no hay un territorio delimitado y correspondiente a una colectividad determinada. La hay cuando la masa de hombres que habitan este territorio se halla profundamente penetrada de la idea de que no pueden vivir sino en este territorio, que están indisolublemente ligados a él y prestos a defenderlo por todos los medios, incluso la muerte, contra quienquiera que pretendiese cercenarle un pedazo o privarles de la posibilidad de vivir en él como les plazca y de practicar, según la expresión de que me he servido ya, el género de vida que mejor responde a sus aspiraciones y a su naturaleza física y moral. Al decir género o forma de vida, me refiero a la vida física y a la vida moral; nin-

guna de estas cosas puede ir separada de la otra.

En el orden físico, es en el territorio que habita donde halla el hombre la satisfacción de sus necesidades, naturalmente adaptadas a los recursos del país. Pero es sobre todo en el orden moral donde se muestra más íntimo y potente el lazo que existe entre el territorio y el pueblo que lo habita. La libertad de pensar y de creer, las opiniones filosóficas y la fe religiosa, las ideas morales, en síntesis, todo lo que constituye el fondo de la personalidad humana, el principio de la vida individual, la regla de conducta del hombre, todo eso lo enlaza el pueblo al territorio habitado por él de manera tan profunda y sólida, que cuando la masa espiritual del pueblo mismo llega a poseer la profunda conciencia de que entre él y el territorio existe una indisoluble interdependencia, una indestructible solidaridad, es el momento en que puede afirmarse que la nación se halla constituida.

Si esto que digo es exacto, puede comprenderse al mismo tiempo hasta qué punto debe estar arraigado en el corazón del hombre el sentimiento nacional, o digamos la palabra justa: el amor a la patria nacional. Es exactamente el mismo sentimiento que hemos advertido en el hombre, prime-

ramente ligado a su tribu, luego a su familia y más tarde a la ciudad. El hombre forma parte de una tribu, de una ciudad, precisamente por ser hombre, porque es por naturaleza un ser social, porque física y psicológicamente no puede menos de formar parte de un grupo social. Ha sido miembro de la tribu, de la familia, de la ciudad; es miembro de la nación, es de ella por entero, pudiera decir en cuerpo y alma, y como tal miembro de la nación es a manera de célula viviente del organismo nacional, cuya existencia concurre a asegurar con la suya propia, pero que separada de él, muere a su vez.

Añadamos que conviene no olvidar que en el sentimiento de la patria hay, además, algo de místico, de religioso, y el cual, si bien de una categoría más elevada ciertamente, pertenece, sin embargo, al mismo linaje del culto totémico de la tribu y de la veneración que los antiguos sentían por las divinidades protectoras de la ciudad.

V

¿Cuáles son las causas que han producido la formación en la historia del hombre de un grupo social establecido en de-

terminado territorio y han creado el estado de conciencia que acabo de describir, y que liga íntimamente su vida moral, intelectual y física a este territorio y hace de los individuos y del territorio mismo un todo único, de tal suerte que ha podido llamarse a la nación una corporación territorial?

Se ha aducido para explicarlas la presencia de diversos elementos, cada uno de los cuales es impotente, por sí solo, para justificar la formación del grupo nacional. No quiero yo decir que estos elementos a que aludo no hayan influido en la constitución de ciertas naciones; pero pretendo, y creo poder demostrar en nuestra próxima conferencia, que cada uno de estos elementos, aisladamente considerado, es incapaz de formar el cuerpo nacional.

Los elementos referidos y puestos de relieve son principalmente la comunidad de autoridad política, la comunidad de raza y la comunidad de religión. No he de negar yo que estos elementos hayan ejercido su acción en la formación de las corporaciones nacionales, pero afirmo que ellos solos son insuficientes e incapaces de lograrlo. Que se recuerde, si no, por el momento tan sólo, la subordinación, durante largos siglos, a la monarquía austriaca de pueblos

tan diversos y desemejantes como los regidos por ella; aquella subordinación no consiguió constituir jamás una nación austriaca. La subordinación de Irlanda al poder británico no ha bastado, que yo sepa, para incorporar el pueblo irlandés a la nación inglesa.

Es incuestionable que la comunidad de razas ha sido un poderoso factor de formación nacional. Hoy mismo parece confundirse el concepto de raza con el concepto de nación, tomándose por sinónimos los vocablos de nación y nacionalidad. Las nacionalidades no son otra cosa que agrupaciones de individuos que tienen probablemente el mismo origen étnico, pero que no son necesariamente naciones. Esto, aparte de que los orígenes étnicos son extremadamente inciertos, no habiendo en la actualidad raza que pueda decirse pura. Todos conocemos grandes naciones compuestas de razas muy diversas. Y a la inversa, hay agrupaciones de individuos que tienen ciertamente el mismo origen étnico y que no por eso son naciones. Yo persisto en creer que el origen étnico ha desempeñado un papel secundario en la formación nacional. ¿Cuál ha sido, pues, el factor esencial, el elemento generador por excelencia? Contesto como Renan: la lucha en común por el

gro de un fin común y, sobre todo, por la conquista del ideal común. Al hablar de ideal quiero significar el fin que los hombres de un mismo país se juzgan predestinados en cierto modo a perseguir y realizar. Este ideal puede ser más o menos elevado, porque bien difícil es no admitir la existencia de una escala de valores sociales. Digamos también que este ideal puede ser de orden moral y de orden material; suele ser, las más de las veces, de uno y otro al mismo tiempo.

Lo que realmente constituye el signo distintivo de una nación, lo que la crea y sostiene, en suma, es el hecho de que todos los miembros de la colectividad social establecida en un territorio determinado, desde el más humilde al más poderoso, desde el más ignorante al más sabio, tienen la conciencia más clara y resuelta de que persiguen conjuntamente la realización de cierto ideal que tiene sus raíces en el territorio habitado por ellos y que no podrían lograr si no tuviesen la posesión del territorio mismo. He aquí, pues, el fundamento por excelencia de la unidad nacional.

Esta unidad nacional será tanto más fuerte; la unidad del alma nacional, si así puede decirse, será tanto más indefectible y robusta cuanto las luchas y trabajos para

realizar el fin común hayan sido más largos y más duros, cuanto las pruebas sufridas hayan sido más difíciles y prolongadas y cuanto los dolores y pesares experimentados hayan sido más agudos y crueles, porque de una nación, lo mismo que de la humanidad entera, puede decirse que está hecha más de muertos que de vivos.

Esto es lo que yo trataré de demostrar en la próxima conferencia, al investigar cuáles son los grupos sociales que pueden hoy merecer el título y el rango de naciones.